

cómo ha sido posible que el Evangelio no diga nada de haberse aparecido Jesús á su divina Madre. No se puede pensar que fuera olvido, ni tampoco que el más perfecto de todos los hijos, no pensara, desde luego, en la más perfecta de las madres. San Agustín responde que el Evangelio no dice nada inútil, y que habría sido cosa superflua consignar que se apareció á la Santísima Virgen <sup>1</sup>. Así, toda la tradición está unánime en profesar que la preferencia concedida á la Magdalena la coloca en primera línea, solamente detrás de María, á quien le pertenecían, por decirlo así, las primicias de la Resurrección <sup>2</sup>. Indudablemente el Evangelio hubiese podido contárnoslo en algunas pocas palabras, como cuenta otras tantas cosas tiernas ó graves; pero, ¿habría quedado satisfecha nuestra piadosa curiosidad? Para pintar ese cuadro se habría necesitado, más que un hombre inspirado, más que un ángel, más que la misma Virgen. Respetemos el secreto, y cantemos con la Iglesia: «¡Reina del cielo, regocíjate! El que mereciste llevar en tu seno ha resucitado, como lo había predicho. Ruega por nosotros á tu Hijo, que es nuestro Dios! *Alleluia*» <sup>3</sup>.

Eso hacían los ángeles en el momento que el Salvador, resucitado, enjugaba las lágrimas de su Madre, anunciándole el comienzo del reino eterno, cuya gloria y cuya dicha había de compartir con Él.

<sup>1</sup> «Nihil in ea (narratione Evangelistae) imprudens, vel inane, vel superfluum reperitur... Quisnam tale scriptum superfluum diceret?»

<sup>2</sup> LANDULFO: *Vita Christi*, II, p., c. LXX, 6: «Dignum namque erat ut matrem præ cæteris visitaret et resurrectione sua prius lætificaret.»

<sup>3</sup> *Antífona del tiempo pascual*: «Regina coeli lætare, etc.»—Landulfo observa con razón que la Iglesia consagra la tradición de que hemos hablado, estableciendo en Santa María la Mayor la estación del día de la Resurrección. El propio autor alude á una *Legenda de Resurrectione Domini*, estimada en su tiempo, que refiere esta primera aparición de Jesús á su Madre.—Cf. S. AMBROSIO, S. AGUSTÍN, etc.

## CAPÍTULO IV

## LAS APARICIONES EN GALILEA.

Nuntiate fratribus meis ut eant in Galileam: ibi me videbunt.

MATTH., XXVIII, 10.

Visus est (Christus) plusquam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt.

I COR., XV, 6.

Cuando la noche del Jueves Santo se encaminaba Jesús á Gethsemani conversando con sus Apóstoles acerca de los sucesos próximos á realizarse, les decía :

«Todos vosotros padeceréis escándalo esta noche por causa mía; porque está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.» Pero después de mi resurrección «iré delante de vosotros á la Galilea» <sup>1</sup>.

Quizá no se fijaron ellos en esta advertencia, secundaria al parecer, y que se les pasaba por alto en la predicción general de los padecimientos del Maestro y del abandono en que le dejarían, pensamientos tristes que les preocupaban vivamente, y á los que Pedro contesta con esta protesta : «Aun cuando todos los demás se escandalicen por ti, yo jamás» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> MATTH., XXVI, 31-32: Omnes vos scandalum patiemini in me ista nocte. Scriptum est enim: «Percutiam pastorem et dispergentur oves gre-gis. Postquam autem resurrexero, præcedam vos in Galileam.»

<sup>2</sup> *Id.*, XXVI, 33: «Esi omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor.»

Pero la mañana de Pascua los ángeles dieron á las santas mujeres el mismo aviso: «Id á decir á sus discípulos que ha resucitado y que irá delante de vosotros á Galilea. Allí le veréis»<sup>1</sup>. Y casi inmediatamente, presentándose Jesús á ellas repetía la fórmula misteriosa: «Id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán»<sup>2</sup>.

Difícil era no parar mientes en esta insistencia que designaba la Galilea como lugar en que el Maestro intentaba manifestarse á sus discípulos, ó indudablemente les causó impresión, cuanto lo permitía lo muy agitados que se encontraban por la noticia de la Resurrección. No podían salir de Jerusalén antes de la octava de la Pascua, y según todas las señas, se tomaron tiempo de reflexionar acerca de la orden que las mujeres les trasmitían, hasta que tuvieran pruebas de que era real la visión de que ellas se gloriaban.

Pero no se había concluido el día, y Pedro había visto á Jesús en su propia carne, y Cleophas y Simón le habían acompañado en el camino de Emaus, y los once habían comido y bebido con él en el Cenáculo. Ocho días después Tomás le veía á su vez en medio de los Apóstoles, testigos como él de su presencia, en la cual les era ya del todo imposible no creer. ¿Qué significaba, pues, una recomendación que hacía inútil el mismo que tan solícitamente la hacía?

Evidentemente hay aquí un misterio; pero no nos está prohibido escudriñarlo.

Las apariciones de los primeros días les causaban á

<sup>1</sup> MATH., XXVIII, 7: «Eantes dicite discipulis ejus quia surrexit, et ecce precedet vos in Galileam: ibi eum videbitis.»

<sup>2</sup> Ib., XXVIII, 10: «Nuntiate fratribus meis ut eant in Galileam: ibi me videbunt.»

los amigos del Crucificado tanta confusión como consuelo. Creíanle, sí, resucitado, pero sin comprender nada de esta segunda existencia, tan diferente de la primera. En vano Jesús les mostraba sus piés y sus manos, advirtiéndoles que una mera visión no tiene carne y huesos<sup>1</sup>. De esta nueva vida no podían tener ninguna noción exacta, y lo muy maravillosa que era les tenía, con razón, desconcertados. Podían temer engañarse con apariciones semejantes á las de los amigos de Dios, salidos de sus sepulcros tres días antes, y ahora ya vueltos otra vez á la noche impenetrable de la muerte.... Habían sido vistos y oídos: tenían todos las señas de estar vivos, reconocidos por algunos instantes ú horas, y lo mismo podría suceder acaso con el Maestro resucitado por una fuerza misteriosa pero transitoria<sup>2</sup>. Grande era el gozo de contemplarle, oírle, tocarle, comer con Él, pero cuanto mayor era, más temor les infundía. Hay dichas en que se cree difícilmente y que confunden el entendimiento más profundamente aún que lo hace la misma desolación<sup>3</sup>. Todo se les hacía oscuro, según parece, en razón de la misma claridad, todo dudoso á despecho de la evidencia, y se veían á punto de exclamar como los Judíos: «¿Por qué nos tienes suspensos? Si tú eres verdaderamente el Cristo, dínoslo de manera que nos convenza»<sup>4</sup>.

Pero en vano habría respondido Jesús invocando ante ellos, como ante los Judíos, *su palabra y sus obras*; hay

<sup>1</sup> LUC., XXIV, 39: «Vide'te manus meas et pedes, quia ego ipse sum: palpate et videte quia spiritus carnem et ossa non habet, sicut me videtis habere.»

<sup>2</sup> Cf. *Summ. Theol.*, III, q. LIII, art. 3,—q. LIV, art. 1, y q. LV, art. 6.—S. AGUSTIN. (*Epist. ad Erodianum*), es de parecer que estos resucitados se volvieron á morir.

<sup>3</sup> LUC., XXIV, 41: «Mirantibus præ gaudio.»

<sup>4</sup> JOANN., X, 21: «Quousque animam nostram tollis? si tu es Christus, dic nobis palam.»

horas y lugares en que la verdad no brilla por completo. Jerusalén era uno de esos lugares, y aquella hora era una de las que decimos.

Desde la azotea del Cenáculo podían los discípulos ver el palacio de los Sumos Sacerdotes, el de Herodes y el Pretorio; si no se veían Gethsemani y el Gólgota, era porque se quedaban en las depresiones del terreno. En este cuadro fúnebre se movían los personajes que habían tomado parte en el drama cuyo pensamiento se renovaba sin cesar, por la necesidad de codearse por todas partes con sus actores. Para ir al Templo tenían que pasar por delante de la casa de Antipas, y del tribunal en que había sido condenado el Maestro; tenían, tal vez, que ponerse en fila para dejar paso al Procurador, cuya fisonomía activa no había ganado nada con tornarse sombrío; tenían que apartarse por no sufrir los desdenes de los sacerdotes y de sus adictos. En el Templo mismo, al cual daba cierto tinte de tristeza la sombra del Pretorio, se sentían objeto de la curiosidad maleante de los Judíos, con temor de todo lo que el fanatismo puede sugerir á un populacho sobreexcitado. Si se aventuraban á salir hacia el Gareb, se levantaba delante de ellos el Calvario como una amenaza, y el Sepulcro vacío no bastaba para darles seguridad. El Maestro resucitado no estaba allí; ¿pero dónde estaba realmente? En la morada de María, iluminada toda con el gozo de la divina Madre, el sitio del Hijo parecía vacío; vacío igualmente el lugar que solía ocupar en el círculo de ellos, y tanto más vacío cuanto solía mostrarseles en apariciones pasajeras. Las realidades que tenían encima no eran para ellos nada consoladoras. ¿Sería preciso resolverse á no hacer caso de ellas y abandonarse á la corriente de los sueños en que parecían mecerse?

Los Pontífices y sus cómplices se mostraban al pre-

sente muy tranquilos, Saduceos que no creían en la resurrección de la carne, Fariseos que referían el robo del cuerpo de Jesús, y acaso se persuadían de él á fuerza de persuadir á los demás, Escribas que tenían interés en el silencio, y lo imponían callándose ellos mismos, subalternos pagados ó seducidos, como les sucede fácilmente á los que están habituados á pensar por medio de otro. La turba, que se renovaba cada día, preocupada con las fiestas de la Pascua, distraída con los mil cuidados de su peregrinación, parecía haber aceptado la versión oficial, y formado juicio de las esperanzas mesiánicas chasqueadas una vez más. Herodes olvidaba la sangre de Cristo derramada, como había olvidado la del Precursor. Cuanto á Pilatos, encerrado en un retiro inaccesible, aparentaba ignorar que el Nazareno había desaparecido del Sepulcro y que mujeres entusiastas hablaban de su resurrección.

En este caos de ideas y sentimientos, los Apóstoles sentían gran dificultad de adoptar una resolución; necesitaban retirarse, colocarse á alguna distancia, para dar tiempo de que los hechos se pusieran en claro. Para esto venía bien la orden de marchar á la Galilea, ó sea al país natal, lejos de las agitaciones de Jerusalén, cerca de los amigos y confidentes naturales á quien se les puede decir todo y pedir confiadamente un consejo.

Cuando Jesús había querido afirmar su divinidad delante de todo Israel, llevó á sus primeros discípulos, que más tarde serían sus Apóstoles, lejos de Galilea, donde había pasado treinta años como uno de tantos hombres. Para afirmar de nuevo su humanidad, les hacía volver allí otra vez, como el lugar más propio para que le reconocieran<sup>1</sup>. Mas al mismo tiempo los volvía al lugar en

<sup>1</sup> S. JOANN CHRYSOST.: *Homil. LXXXIII, in Mattheum*: «In ipsa gente et in ipsis fere regionibus in quibus cum eo fuerant conversati; ut et hinc

que comenzó la Buena Nueva, en que fueron llamados al reino del Mesías, en que hicieron sus primeros esfuerzos y obtuvieron sus primeros triunfos; les daba particular facilidad de medir el camino andado, al comparar los resultados con las esperanzas, de decidirse acerca de la persona de Aquél á quien tomaban por guía. Podía entonces reaparecer en medio de ellos, someterse á su examen, justificar su doctrina y su conducta, exigirles de nuevo en su vida transformada el testimonio que les pidió en su vida anterior: «Tú eres verdaderamente el Cristo, el Hijo del Dios vivo.»

Así se hizo cuando, concluidas las fiestas de la Pascua pudieron volver á su país. Las orillas del lago de Genezareth les llamaban naturalmente y les retuvieron: todos se establecieron entre Capharnaum y Betsaida <sup>1</sup>, viviendo juntos, ó, por lo menos muy cerca los unos de los otros, para reunirse á la primera señal, como lo vemos en el Evangelio <sup>2</sup>. Encontraban consuelo y fortaleza en estar juntos, á lo cual estaban acostumbrados, y el Maestro se les habla sin duda recomendado. Transcurrieron algunos días sin incidente alguno digno de notarse, á juzgar por el silencio de los escritores sagrados <sup>3</sup>; esta situación debía de serles simpática, á lo menos pasadera, y parece que nada les inquietó allí. Renacía en sus almas la tranquilidad á medida que los recuerdos del último viaje á Jerusalén se alejaban, aunque sin perder nada de su vi-

crederent quoniam qui crucifixus est, ipse est et qui resurrexit.—S. GREGORIO añade: «Voluit etiam Dominus specialiter in Galilea apparere ut veritas Resurrectionis probaretur, quia ibi plura miracula est operatus, et amplius conversatus et ideo melius cognitus.»

<sup>1</sup> O también en Capharnaum, donde Pedro tenía una casa. Es posible, no obstante, que se establecieran en una ú otra localidad, pero en las afueras por prudente precaución.

<sup>2</sup> MATTII., XXVIII, 16.—JOANS., XXI, 1.

<sup>3</sup> Cf. FABRII: *Life of Christ.*, p. 161.

veza; el tiempo y la distancia disipaban solamente las sombras en que ya se habían confundido las impresiones; esto lo sabemos todos por experiencia; en las emociones demasiado fuertes hay que dejar que pasen algunas horas para juzgar de ellas con exactitud.

Los que estaban con Pedro eran solamente seis, Tomás, Bartolomé, los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, cuyo nombre no pone San Juan <sup>1</sup>. Pues una tarde, les dijo Pedro:

— «Voy á pescar.»

Á lo que respondieron todos:

— «Vamos también contigo.»

Y en seguida se encaminaron hacia la orilla del lago, á alguna distancia de Tiberiades, ocuparon la barca, y entrados mar adentro, echaron las redes. Pero su trabajo fué inútil: se pasó toda la noche sin coger nada, como ya les había sucedido aquella otra noche que precedió á su vocación <sup>2</sup>. Al salir el sol, ligera bruma cubría el lago, cuando una voz llegó desde la orilla á sus oídos:

— «Muchachos, ¿tenéis algo que comer?»

— «No» — respondieron. Aunque la distancia apenas sería de doscientos codos, ó sean cien metros <sup>3</sup>, la niebla les impedía distinguir á su interlocutor, al mismo tiempo que confundía el timbre de su voz; á más de que estaban demasiado acostumbrados á preguntas como esa para que pusieran empeño en conocer al que les hablaba.

— «Echad la red á la derecha de la barca y sacaréis», dijo el desconocido, cuyo consejo pareció oportuno, y lo cumplieron sin tardanza con gran provecho de los pescadores: por el mucho peso de los peces prendidos no po-

<sup>1</sup> JOANS., XXI, 2.

<sup>2</sup> MATTII., IV, 18.—MARC., I, 16.—LUC., X, 1-11.

<sup>3</sup> El codo equivale á unos cincuenta centímetros.

dían sacar la red, lo mismo cabalmente que les había sucedido en la primera pesca milagrosa. De pronto el discípulo amado, iluminada su alma con un rayo de luz, dijo á Pedro :

— «¡Es el Señor!» — Con efecto, sólo Él podía repetir el prodigio, y como renovaba el que en sitio semejante había hecho por mano de los mismos pescadores, se descubría manifestamente. Juan no temía ya engañarse: «¡El Señor es!» y el corazón se le salía del pecho con este grito.

Apenas Pedro lo oyó, comprendió lo que era y se arrojó al agua, poniéndose la túnica que se había quitado para trabajar. Con vigoroso esfuerzo hendía las olas por llegar cuanto antes junto al Maestro, mientras los demás forzaban los remos, con los corazones sobresaltados de indescriptible emoción. El Señor estaba allí efectivamente. Le iban á ver, no ya en el crepúsculo de Enmaus ni en la noche del Cenáculo, sino á la luz clara del sol saliente que, disipando las tinieblas, imposibilita los prestigios. Iban á verle cual le habían visto ya á la orilla del mar, sonriente y grave, dispuesto á sentarse con ellos en los bordes de la barca para hablarles del reino de Dios.

Al echar pie en la arena vieron un pescado que se estaba asando en unas brasas encendidas, y allí junto un pan, que parecía les estaba esperando.

— «Traed algunos peces de los que habéis cogido ahora» — dijo sencillamente Jesús. Exactamente lo mismo que la otra vez. El Maestro tomaba su parte del trabajo común, y les convidaba á concluir de prepararlos. ¡Estaba vivo! ¡Vivo de verdad! Ya no era posible dudar: esta vez nadie podía creerse víctima de una ilusión. Pedro se volvía á entrar en la barca para sacar á tierra la red, dentro de la cual coleaban ciento cincuenta y tres peces

gordos, que no habían logrado romper las mallas. Escogiendo los más hermosos, se aumentó sin duda la comida que con su dulce mirada cuidaba Jesús.

— «Venid y comed», dijo, y todos se acomodaron sobre la arena, sin pensar siquiera en preguntarle su nombre, porque sabían (esta vez con toda seguridad) que era el Señor<sup>1</sup>. Se fué entonces hacia ellos con pan y pescado en las manos, y se los repartía, según costumbre, cuando se comían sus modestas provisiones á la orilla de los caminos ó en la gruta de los Olivos. Después se sentó al lado de ellos: una especie de éxtasis los tenía maravillados, y todos guardaban silencio esperando que el Maestro hablara.

— «Simón, hijo de Jonás, dijo de pronto, ¿me amas más que éstos? <sup>2</sup>»

El Apóstol interpelado se estremeció. El que esto le preguntaba era aquel mismo del átrio del Pontífice, á quien había negado y que ahora le recordaba su defección. El alba iba clareando más, y por aquellas cercanías el canto de los gallos saludaba la salida del sol, como en aquella mañana fatal cuyo recuerdo le evocaban al presente. La pregunta contenía, en efecto, una reconvención disimulada<sup>3</sup>: el nombre que pronunció el divino Amigo era el que tenía Pedro antes de su vocación, y esto de mirar atrás parecía echar en olvido la preeminencia con que antes había sido distinguido el discípulo extraviado. Simón lo comprendió así. Con voz que procuraba vigorizar, respondió:

— «Sí, Señor; vos sabéis que os amo.»

<sup>1</sup> JOANN., XXI, 12: «Scientes quia Dominus est.»

<sup>2</sup> Id., XXI, 13: «Simon Joannis, diligis me plus his?»

<sup>3</sup> La palabra *πιστες*, que emplea Jesús indica veneración y respeto más que confianza y abandono, así como la palabra *φιλον*, de que Pedro usa en su respuesta.

¡Piadosa habilidad de un corazón contrito! Por garantía de su palabra pone la misma ciencia, ó más bien, la misericordia de Jesús, que ve juntamente la vergüenza, el arrepentimiento y la esperanza fundidos en un sentimiento único; el amor dispuesto á todo por recobrar sus derechos.

El rostro del Maestro se animó con una sonrisa de complacencia:

—«Sé el pastor de mis corderos.»

Y pasado un instante:

—«Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Quería evidentemente una reparación de la injuria recibida en el átrio del Sumo Sacerdote; pero ya había modificado el tono, y Pedro debió de responder con más confianza:

—«Sí, Señor; vos sabéis que os amo.»

—«Apacienta mis corderos.»

Los circunstantes seguían con atento oído este diálogo sorprendente. La voz de Jesús tomó entonces una entonación más solemne:

—«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

El corazón del Apóstol no pudo más: las lágrimas brotaron de sus ojos, y con doloroso gemido respondió:

—«Señor, vos lo sabéis todo; vos sabéis que yo os amo.»

—«Apacienta mis ovejas. Escucha bien. En verdad te lo digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, é ibas adonde querías: cuando te hayas hecho viejo, extenderás tus manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras<sup>1</sup>.»

¡Ya podía otra vez cantar el gallo! La negación quedaba expiada; el pastor supremo le ponía al frente del rebaño, y como prenda de su reconciliación perfecta Je-

<sup>1</sup> JOANN., XXI, 13-18.—CI. II PETR., I, 14.

sús le vaticinaba una muerte semejante á la suya. Si entonces no lo comprendieron todos, Juan, el discípulo predilecto del Maestro, el compañero preferido de Pedro, lo comprendió al momento; y vió levantada en el horizonte la cruz del Janicolo<sup>1</sup>: el Hijo de Dios anunciaba á su Vicario *de qué muerte había de morir*.

—«Sigueme», añadió; y Pedro obedecía, volviendo la cabeza por ver qué era de los otros. Vió entonces á Juan, que los seguía también, y no pudo contenerse de preguntar:

—«Señor, ¿qué será de este?»

—«Si es mi voluntad que permanezca hasta que yo venga, ¿qué te va á tí? Tú sigueme<sup>2</sup>.»

Estas palabras vinieron á ser el tema de los más extraños comentarios entre los discípulos, en sentir de los cuales Juan no había de morir, y eso que, como observa él mismo, el Maestro no había dicho «No morirá», sino únicamente «Si quiero yo que viva hasta mi venida, ¿qué os importa?» En realidad, vió el primer advenimiento de Cristo, cuando visitó á Jerusalén con el castigo de su ruina, según lo había predicho cuando lloró sobre la ciudad pérfida<sup>3</sup>. Entonces hacía ya tres años que San Pedro había muerto, ó más bien había entrado en la gloriosa inmortalidad<sup>4</sup>.

Entre las apariciones de Cristo ninguna puede anteponerse á ésta como prueba de su Resurrección, como que ninguna reúne más elementos de convicción.

En esta no hay nada repentino como en las otras:

<sup>1</sup> JOANN., XXI, 19: «Hoc autem dixit significans quia morte clarificatus esset Deum.»

<sup>2</sup> Id., XXI, 21-22: «Domine, hic autem quid? Dicit et Jesús: si eum volo manere donec veniam, quid ad te? Tu me sequere.»

<sup>3</sup> MATTH., XXIII, 37 y XXIV, 27;—MARC., XIII, 26.—LUC., XXI, 27.

<sup>4</sup> San Pedro fué martirizado el año 67.

Jesús parece que se revela por grados, y cuando el discípulo amado dice: «Es el Señor», los espíritus están ya preparados para reconocerle. No es rápida como las otras: se prolongan cuanto pueden desear los testigos para persuadirse bien de que no padecen una alucinación. Todos tienen tiempo de ver, oír, tocar al divino Convidado, de someterlo á una investigación minuciosa, con luz plena y creciente que elimina toda posibilidad de error. Se verifica en condiciones de expansión y familiaridad que engrandan la comunicación de las almas y garantizan, aún mejor que la vista y el oído, la realidad de la presencia de un amigo. Tiene toda la gracia, toda la majestad de que solía revestirse el Hombre-Dios y algo más que correspondía á su vida nueva y que el Tabor había anunciado. Renueva los recuerdos, confirma las promesas, aumenta las profecías. Apenas podían creer los Apóstoles interrumpida por una prueba momentánea la vida que acostumbraban llevar en compañía del Salvador. Los lugares mismos, las colinas, las aguas, el cielo, parecía que á una voz sugerían al discípulo esa palabra tan llena de convicción: «Verdaderamente, es el Señor.»

Sin embargo, no debemos echar en olvido las otras apariciones de que hacen mención los Libros Santos: aquella con que fué favorecido Santiago el Menor<sup>1</sup>, y particularmente la en que más de quinientos fieles agrupados con los Apóstoles vieron al Señor en las vertientes de un monte de Galilea<sup>2</sup>. Según dice San Pablo, muchos de los que estuvieron en esta reunión vivían aún en su tiempo, y podían, el año 53, recordársela á los Judíos y á los Genti-

<sup>1</sup> I Cor., XV, 7: «Deinde visus est Jacobo.»

<sup>2</sup> SHARPE (t. III, p. 113), pretende que esta aparición tuvo lugar en el Tabor, y que en aquel sitio se había edificado una iglesia llamada Cabula, para perpetuar la memoria. Otros creen que debe preferirse el monte de las Bienaventuranzas.

les, como lo vemos en la primera carta á los Corintios<sup>1</sup>.

¡Cosa extraña y muy digna de atención! Aun en aquel momento había incrédulos de la Resurrección de Cristo<sup>2</sup>. Lejos de hacerse ciegos prosélitos de la Magdalena, como pretende la incredulidad moderna, muchos se habían resistido á creer, y querían, á ejemplo de Tomás, comprobar las afirmaciones de los que decían haberle visto. Los Apóstoles no se rindieron sino á la evidencia: no es, pues, maravilla que de entre la muchedumbre reunida en el monte hubiera algunos refractarios. El Espíritu Santo, según las palabras del Salvador, se reservaba el disipar las sombras y producir en ellos la plenitud de la fe<sup>3</sup>.

Así, como dicen los Hechos Apostólicos, «Jesús se mostró á sus Apóstoles vivo después de su Pasión, con muchas pruebas, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios»<sup>4</sup>.

Las pruebas que daba á los Apóstoles eran también para todo el mundo. El Crucificado había muerto en el Calvario, nadie podía dudar y nadie lo dudaba. Al tercer día, conforme lo había anunciado, desapareció del sepulcro, y para explicar su desaparición los Sanhedritas tuvieron que recurrir á la mentira temiendo que el pueblo se fijara en la profecía de su resurrección. Pero en retanto él se manifestaba á sus fieles, no una vez, sino muchas; no sólo á una que otra persona, sino á grupos numerosos;

<sup>1</sup> I Cor., XV, 6: «Deinde visus est plus quam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque adhuc.»—Esta aparición se junta ordinariamente con la que refiere San Mateo, XXVIII, 16-17.

<sup>2</sup> MATH., XXVIII, 17: «Quidam autem dubitaverunt.»—Según Sepp, debería leerse al contrario: «Nullus dubitavit». Pero esta lección nos parece menos fundada.

<sup>3</sup> JOANN., XV, 26: «Quoniam autem venerit Paraclitus... ille testimonium perhibebit de me.»

<sup>4</sup> ACT. APOST., I, 3: «Quibus et prebuit se ipsum vivum post passionem suam in multis argumentis, per dies quadraginta apprensus eis et loquens de regno Dei.»

y por fin á una turba de quinientas personas; no desde lejos ni entre sombras, sino en pleno día, de cerca, dejándose tocar, comiendo y bebiendo con los testigos; no en secreto únicamente ó en lugares retirados, sino públicamente y en los mismos sitios en que antes había vivido.

No cabía ilusión alguna, y cuando el día de Pentecostes Pedro dijo á la muchedumbre reunida á las puertas del Cenáculo: «Al que vosotros matasteis por mano de hombres perversos, Dios le ha resucitado <sup>1</sup>»; esta palabra bastó para convertir á tres mil oyentes. Algunos días después se reproducía lo mismo en el propio Templo, bajo el pórtico de Salomón. Pedro repetía: «Habéis matado al Autor de la vida, y Dios le ha resucitado, de lo cual somos testigos nosotros <sup>2</sup>», y cinco mil hombres se añadían al redil de los creyentes. Presos por orden del Sumo Sacerdote, Pedro y Juan llevaban tranquilos al tribunal enemigo esta afirmación: «Vosotros crucificasteis á Jesús de Nazareth; Dios le ha resucitado, y en su nombre hacemos estos milagros <sup>3</sup>». Los Sacerdotes, no pudiendo negar la curación milagrosa á que aludía San Pedro, se limitaban á tomar precauciones para que la noticia no corriera más, y prohibían enseñar en nombre de Jesús; á lo cual Pedro y Juan respondieron sencillamente: «No podemos callar lo que hemos visto y oído <sup>4</sup>». Así brillaba la evidencia: en adelante la Resurrección de Jesús entraba en la historia como un elemento irrecusable, y San Pablo podía dar por prenda de nuestra propia resurrección la

<sup>1</sup> ACT., II, 23-24: «Hunc... per manus iniquorum affigentes interemistis: quem Deus suscitavit.»—IBID., 32: «Cujus nos omnes testes sumus.»

<sup>2</sup> IBID., III, 14: «Auctorem vero vite interfecistis, quem Deus suscitavit a mortuis, cujus nos testes sumus.»

<sup>3</sup> IBID., IV, 10: «Quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit a mortuis, in hoc iste adstat coram vobis sanus.»

<sup>4</sup> ACT., IV, 20: «Non possumus quæ vidimus et audivimus non loqui.»

de Cristo, *primicias de los muertos llamados á resucitar* <sup>1</sup>.

El orgullo del librepensamiento lleva á mal que el Hijo de Dios no se dignara de aparecerse á otros que á sus discípulos. ¿Y por qué había de hacerlo?

No podía manifestarse á todos en Israel; la fe de la muchedumbre debía apoyarse en el testimonio de algunos; y á éstos, ¿no debía escogerlos de entre los más honrados y más fidedignos y, por tanto, de entre sus discípulos? Referirse á la buena fe de los Escribas y los Pontífices habría sido incomprensible, aun cuando pudiera pretender convencerlos. Los que habían tratado de desnaturalizar sus milagros atribuyéndolos á Belcebú; los que habían conspirado para asesinar á Lázaro resucitado; los que con dinero habían corrompido la conciencia de los guardias del Sepulcro; esos no querían ver, y no habrían visto; no querían oír, y no habrían oído, y, sobre todo, no hubiesen dado testimonio de lo que se hubieran visto precisados á admitir. Desde mucho tiempo atrás, eran los enemigos de la verdad personificada en el Nazareno, y la envolvían en la misma proscripción con que le perseguieron. Por culpa de ellos eran indignos de que se les manifestara Cristo resucitado, y cuando pensamos en ellos, se nos viene naturalmente á la boca la palabra aquella: «No es bueno echar á los perros el pan de los hijos <sup>2</sup>». El Señor guardaba para sus hijos el pan de la vida eterna. ¿No tenía derecho de obrar así? ¿Quién osará dictarle sus deberes?

Otra aparición debía manifestarle aun en medio de sus Apóstoles, en el momento que terminara su peregrinación

<sup>1</sup> I COR., xv, 20-23: «Christus surrexit a mortuis, primitiæ dormientium... Primitiæ Christus, deinde ii qui sunt Christi, qui in adventu ejus crediderunt.»

<sup>2</sup> MARC., VII, 27: «Non est enim bonum sumere panem filiorum et mittere canibus.»



sobre la tierra, es decir, el día de su Ascensión <sup>1</sup>. Pero su relato no añadiría un punto á la certidumbre que tenemos de la victoria del Hombre-Dios sobre la muerte, y nuestra tarea concluye aquí con gozo, gratitud y amor: gozo por su triunfo, gratitud por la redención, amor por la bondad inefable que nos ha abierto, á costa de su sangre, las puertas de la bienaventuranza eterna. No nos separaremos de él sin rendirle como corresponde el homenaje de nuestra fe, diciéndole con Job <sup>2</sup>: «Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día yo también resucitaré de la tierra.... Con esta carne mía veré á mi Dios; yo le veré, no otro, por mis propios ojos. Esta esperanza hay en lo íntimo de mi corazón.»

<sup>1</sup> MARC., XVI, 14-20.—LUC., XXIV, 50-52.

<sup>2</sup> JOB., XIX, 25 27: «Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum.... et in carne mea videbo Deum meum. Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspicienti sunt, et non alius. Reposita est hæc spes mea in sinu meo.»



## EPÍLOGO

Oblatus est quia ipse voluit.  
ISAÍ., LIII, 7.

En la historia de la Pasión lo que desde luego llama la atención del lector, es la espontaneidad con que Jesús soportó todas las humillaciones y dolores. Acepta con tranquilidad y aun con ansia los sufrimientos que reparan nuestras culpas. Mas esta espontaneidad no es sólo resignación, por perfectísima que se la reconozca; el resignarse consiste en sufrir con constancia ó con gozo las penas que una voluntad extraña impone, y lo sublime de esta obediencia no le quita nada al carácter de sumisión que es inseparable de ella.

Pero aquí hay más.

En el jardín de los Olivos Jesús se somete como hombre á la voluntad de su Padre; pero fácilmente se comprende que esa voluntad y la suya, desde otro punto de vista, son idénticas <sup>1</sup>, y que la resignación entra también

<sup>1</sup> JOANN., IV, 34; V, 30; VI, 38, etc.